

Equidad de género en familia y escuela: desafíos y oportunidades hacia una sociedad inclusiva.

Gender Equity in Family and School: Challenges and Opportunities Towards an Inclusive Society.

Gloria Sarai Lema Centeno¹, Ginger Vannesa Reyes Sánchez², Alexandra Luzmila Vargas Donoso³,
Johanna Elizabeth Vélez Delgado⁴

Resumen

En este trabajo se abordan los retos y las oportunidades en la construcción de una sociedad inclusiva a través de la consecución de la igualdad de género en el ámbito familiar y educativo; además, se analizan las propias dinámicas culturales y estructurales que mantienen la desigualdad, como la división sexual del trabajo, los estereotipos o la socialización diferencial. También desde la ética y lo humanista se plantea la necesidad de revisar los roles tradicionales en los que el respeto, la empatía y la corresponsabilidad sean los pilares en los que se fundamenten. También se analiza la función de la educación como agente transformador que puede cuestionar los modelos culturales que frenan la igualdad. Por último, se plantean medidas en clave de desarrollo integral de la persona, buscando la justicia de género y el desarrollo social, emocional y ético de niños y adolescentes, la familia, la escuela y la comunidad como espacios de convivencia justa y equitativa.

Palabras claves: Equidad de género, coeducación, justicia social, familia, corresponsabilidad, educación inclusiva.

Abstract

This paper addresses the challenges and opportunities in building an inclusive society through the achievement of gender equality in the family and educational spheres. It also analyses the cultural and structural dynamics that perpetuate inequality, such as the sexual division of labour, stereotypes and differential socialization. From an ethical and humanistic perspective, it also raises the need to review traditional roles with unequal functions for men and women, moving towards relationships based on respect, empathy, and shared responsibility. It also analyzes the role of education as a transformative agent that can challenge cultural models that hinder equality. Finally, measures are proposed for the comprehensive development of children and adolescents, the family, the school, and the community as spaces for fair and equitable coexistence.

Keywords: Gender equality, coeducation, social justice, family, co-responsibility, inclusive education.

1. Universidad de Guayaquil-Ecuador, ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-6508-7117>. gloria.lemac@ug.edu.ec

2. Universidad de Guayaquil-Ecuador, ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-2104-5120>. ginger.reyess@ug.edu.ec

3. Universidad de Guayaquil-Ecuador, ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-1493-3454>. alexandra.vargasd@ug.edu.ec

4. Universidad de Guayaquil-Ecuador, ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-9503-9630>. johanna.velezd@ug.edu.ec



INTRODUCCIÓN

El género como indicador es el camino hacia una sociedad democrática, justa y humana; no solo es un objetivo político, sino un imperativo ético en orden al desarrollo de todos los seres humanos en libertad, respetando sus derechos. Como lo señala Mendieta Toledo (2020), “la educación y la familia son espacios decisivos para fortalecer la convivencia basada en el respeto, la justicia y la igualdad de derechos” (p. 11). Por tanto, esta evidencia muestra que tanto el hogar como la escuela son decisivos en la generación de actitudes que probablemente mantendrán o cambiarán la desigualdad.

Este trabajo sostiene una posición filosófica humanista y crítica y considera que el género no es un hecho biológico, sino una construcción social e histórica.

Como bien afirma Simone de Beauvoir (1949), “no se nace mujer, se llega a serlo”, punto de partida para entender que la identidad de género es cultural y educativa. Mendieta Toledo (2020) también recoge este enfoque, y complementan la conclusión de que la desigualdad corresponde a una práctica aprendida que puede ser desconstruida a través de la educación (p. 22).

También Montenegro (1923), en la misma tónica, afirmaba que “la educación es el medio eficaz de transformar las mentalidades y conquistar la igualdad” (como recoge Mendieta Toledo, 2020, p. 45). Ello conecta con la actualidad y con la perspectiva histórica, ya que pone de manifiesto que el proceso educativo debe ser un instrumento para el cambio de una estructura patriarcal, que ha imposibilitado el pleno desarrollo del sistema humano. También la pedagogía crítica de Paulo Freire (1970) postula que “la educación no cambia el mundo, cambia las personas que van a cambiar el mundo”, siendo la transmisión del conocimiento a través de la educación con perspectiva de equidad, un hecho político y ético por la liberación del pensamiento.

A pesar de que los marcos legales declaran la igualdad, en el contexto ecuatoriano se

siguen dando prácticas familiares y escolares que reproducen estereotipos de género. Para Mendieta Toledo (2020), “las desigualdades se perpetúan si los modelos de crianza y de enseñanza siguen otorgando a hombres y mujeres distintos papeles en los espacios público y privado” (p. 26). Propuesta que viene a corroborar este diagnóstico, y que coincide con la ética de Martha Nussbaum (2006), cuando afirma que una sociedad es justa cuando logra desarrollar las capacidades humanas de todos los ciudadanos, y que su objetivo debe ser la eliminación de los obstáculos de barreras estructurales y barreras simbólicas que lo impidan.

Por ello, el ensayo que aquí se presenta tiene como objetivo necesario el análisis crítico de las relaciones de género en el ámbito doméstico y escolar, los determinantes culturales y estructurales que impiden alcanzar la igualdad y las propuestas de intervención que propicien espacios igualitarios. Derecho humano con la equidad de género y compromiso ético y pedagógico, desarrollo social y emocional en niños y adolescentes.

El libro se estructura en cuatro partes: primero, las raíces culturales de la desigualdad en el entorno familiar; posteriormente, la escuela como lugar de reproducción o de cambio; en tercer lugar, los factores estructurales que mantienen la desigualdad; y, por último, medidas para desarrollar una cultura educativa y familiar más abierta.

DESARROLLO

Cultura y estructura: dinámicas de género en el hogar.

Los roles de género tradicionales nacen en el ámbito familiar, la primera agencia socializadora; por tanto, en este se comunican normas, valores y conductas que marcan diferencias entre lo femenino y lo masculino. Por lo tanto, el hogar como agente se erige en fundamental en la construcción de identidades y desigualdades de género.

“Para la familia es el primer lugar donde se aprenden las jerarquías y los mandatos de género, reproduciendo la subordinación femenina como un espacio más del orden cotidiano” (Galarde y de los Ríos, 2005). Entender que las relaciones familiares no son neutras, pero sí reproducen una estructura simbólica que atribuye a las mujeres el cuidado y la responsabilidad emocional y a los hombres la autoridad y la provisión económica también es muy esclarecedor.

A este respecto, la propia experiencia se hace testigo de que los estereotipos y prejuicios hacia las mujeres en el ámbito laboral aún persisten. En mi familia, las labores de casa y atención a los hijos corrían a cargo de mi madre, incluso cuando trabajaba fuera de casa. Por su parte, mi padre, aunque contribuía económicamente, no asumía las mismas responsabilidades domésticas. Este tipo de organización familiar, común en muchos hogares, refleja cómo las prácticas cotidianas reafirman un modelo cultural que asocia lo femenino con el servicio y lo masculino con el poder.

Estas conductas son “el resultado de un hábito socialmente construido que determina la práctica sin necesidad de mandato” (Bourdieu, 2000), como explican otros autores. También afirma que el género es performativo, porque se hace básicamente por la reiteración de actos que conforman las normas culturales esperadas, (Butler, 1990). Así, las propias dinámicas familiares se convierten en ámbitos de reproducción simbólica de la desigualdad, donde desde la infancia se van naturalizando las jerarquías de género.

La escuela como escenario de reproducción o transformación

La institución educativa, además de cumplir una función instructiva, actúa como un agente socializador que influye en la formación de identidades, valores y relaciones de poder. En este sentido, la escuela puede convertirse tanto en un espacio que perpetúe los estereotipos de género como en un escenario de transformación social. Tal como señala él, “La escuela no solo transmite

conocimiento, también moldea identidades y relaciones de poder” (Ministerio de educación, 2020, p. 35).

Durante las prácticas pedagógicas se pudo observar cómo en algunos contextos escolares persisten dinámicas que refuerzan los estereotipos tradicionales. Por ejemplo, se asignaban juegos “de niños” o “de niñas”, promoviendo la idea de que ciertas actividades pertenecen exclusivamente a un género. Mientras los varones participaban en deportes como el fútbol, las niñas eran dirigidas hacia juegos más tranquilos o asociados al cuidado. Estas prácticas aparentemente inocuas contribuyen a consolidar representaciones sociales desiguales y limitan el desarrollo integral del estudiantado.

Desde la perspectiva de “La educación debe ser un proceso liberador que permita a los sujetos cuestionar las estructuras de dominación” (Freire, 1970). En coherencia con esta visión, la escuela tiene el compromiso ético y pedagógico de promover una enseñanza inclusiva que fomente la equidad y la reflexión crítica. (Bourdieu, 2000) también advierte que las instituciones educativas tienden a reproducir las jerarquías sociales bajo una apariencia de neutralidad, pero destaca que el cambio es posible mediante prácticas docentes conscientes y transformadoras.

Por tanto, la escuela debe ser un espacio de construcción de ciudadanía y de equidad donde se cuestionen los discursos hegemónicos que justifican la desigualdad; precisamente para ello es necesaria una educación con perspectiva de género, que valore la diversidad, fomente el respeto y contribuya a la consecución de una sociedad más justa.

Con gran influencia en la identidad y los valores de las nuevas generaciones, la escuela es un escenario idóneo para la educación en valores; en manos de una pedagogía crítica, ética y humanista, puede transformar los imaginarios hegemónicos, favoreciendo una construcción de relaciones más justas entre hombres y mujeres. La educación en equidad no consiste exclusivamente en aplicar contenidos; se trata de educar en

armonía, respeto y reconocimiento mutuo como base de una sociedad verdaderamente inclusiva.

Obstáculos culturales y estructurales para la equidad

La equidad de género afronta obstáculos tanto culturales como estructurales que suelen manifestarse en diferentes formas de discriminación institucional y social. Entre las cuales se destacan el lenguaje sexista, currículos educativos patriarcales que siguen reproduciendo desigualdades de género, así como la desigualdad salarial o económica. Es decir, la discriminación de género se refiere al rechazo y trato desigual debido a las diferentes características que se relacionan con su género, incluyendo sexo, expresión o alguna orientación sexual específica.

Esto se origina en culturas patriarcales que apoyan características y comportamientos masculinos o machistas, poniendo a lo femenino en una posición subordinada en la que limitan los derechos y participación de las mujeres.

El lenguaje representa una necesidad importante que está a favor del servicio y de la finalidad de comunicar y transmitir contenidos y mensajes en los que se utiliza un vocabulario adecuado. Sin embargo, existen sociedades que han hecho de este lenguaje un lenguaje estereotipado y sexista, en donde provocan la ocultación de la mujer y masculinizar el pensamiento. Es decir, utilizan el lenguaje para plantear ideas que respalden acciones patriarcales y que sutilmente disminuyan el valor de la mujer (Bejarano, 2013). El lenguaje sexista es una forma de hablar o escribir que hace que las mujeres se sientan menos importantes o que no se les vea por igual. Esto sucede cuando se usan palabras o frases que ponen a las mujeres en un lugar inferior o las hacen sentir mal. Cambiar estas formas de hablar ayuda a que todas las personas se sientan incluidas y valoradas por igual.

En muchas sociedades suelen discriminar a las mujeres, como también a los hombres, creando muros invisibles. Los hombres hacen mofa o burla debido a las intervenciones de las mujeres,

considerándolas incapaces de realizar labores que ellos comúnmente suelen hacer. Es decir, los hombres tienen arraigados estereotipos de los roles que deben cumplir por el género, refiriéndose a patrones y comportamientos machistas y discriminatorios. Se demuestra entonces una falta de respeto y un uso del lenguaje que desvaloriza a las mujeres, restándoles importancia. (como refiere Mendieta Toledo, 2020).

Dentro de los entornos institucionales y sociales, se visualiza el lenguaje sexista en los currículos patriarcales, los cuales siguen siendo medios que mantienen las diferencias entre hombres y mujeres. En las escuelas, esto se nota cuando los programas de estudio y el tipo de enseñanza se centran más en lo masculino, en segundo plano a las mujeres. De esta forma, está utilizando un lenguaje y un currículo que contribuye a repetir ideas, patrones y roles patriarcales, en lugar de promover una educación más justa e igualitaria.

En el análisis del texto “Biología y género”, se analizó cómo las concepciones tradicionales sobre el género se han construido desde una mirada biológica y machista, lo que ha contribuido a mantener las desigualdades entre hombres y mujeres. En muchos casos, se ha confundido el concepto de género con el de sexo, reduciendo las diferencias entre ambos, cuando en realidad, sin importar el género, ayudan en la construcción de diversos factores sociales y culturales. Los estudios de género buscan romper con ideas patriarcales, que cuestionan la supuesta neutralidad del pensamiento científico haciendo que se reconozcan las desigualdades que existen (Mendieta Toledo, 2020).

También el patriarcado, como estructura violenta y discriminatoria por esencia, que engloba identidades de género tradicionales, asigna un mayor peso a la masculinidad por encima de las ideas ni derechos feministas (Arribas, 2024). Estos tipos de pensamientos y conductas también suelen darse en la escuela. De este modo, los currículos de corte patriarcal serían aquellos que reproducen y mantienen las diferencias entre hombres y mujeres en el ámbito escolar. Como por

ejemplo cuando los docentes discriminan entre los alumnos atendiendo al sexo, o cuando éstos realizan actividades separando niños de niñas. En el caso de los chicos, los profesores dedican más atención o preferencia en numerosos casos a los chicos en detrimento de las chicas haciéndolas sentir menos valoradas (Mendieta Toledo, 2020). Si bien son actos menores, con ellos se aprende desde muy pronto que hay distintos roles para cada género y que unos valen más que otros. Por tanto, el currículo patriarcal no está únicamente en los contenidos que se imparten, sino también en la manera de impartirlos y de organizar la clase.

Mendieta Toledo (2020), establece que “en cuanto al tratamiento que se da a los alumnos y las alumnas en las instituciones educativas, tanto por parte del profesorado como de los padres y madres siguen existiendo diferencias en el tratamiento por cuestión de sexo”. aquellos maestros con determinadas ideas y costumbres son sin embargo muy influyentes en la manera en que estas diferencias se reproducen. Aquellas que los docentes reproducen en muchas ocasiones del entorno familiar o social y establecen diferencias de trato entre niños y niñas. Para modificar estas prácticas, es necesario que los docentes tomen conciencia y reflexionen de cómo enseñan y de cómo pueden trabajar la igualdad en su cotidianidad en el aula (p. 51,52).

El docente posee un papel importante en la educación, para que esta sea más justa y libre de prejuicios. La educación no solo representa enseñar conocimientos o transmitirlos, sino también formar personas respetuosas y conscientes de la igualdad y empatía. Cuando los maestros promueven el respeto entre los estudiantes sin importar el género o diferencias, les ayudan a romper con las ideas patriarcales que la sociedad ha mantenido por años. Por ello, es importante trabajar desde la familia y luego en la escuela, para que se implemente una equidad de género y se construye un ambiente más inclusivo e igualitario, donde los estudiantes tengan las mismas oportunidades para aprender, participar y desarrollarse plenamente.

La escuela y los docentes necesitan hacer un cambio profundo en su forma de pensar y en sus creencias, no solo se trata de conocer la teoría sobre el género y la sexualidad, sino que es importante que los docentes aprendan a cambiar sus actitudes y comportamientos para que puedan brindar un ambiente de igualdad. El cambio no depende solo de hacer cursos o charlas o programas, sino de que los docentes realmente quieran poner en práctica lo aprendido (González et al., 2021).

Por otra parte, la desigualdad salarial entre hombres y mujeres sigue siendo uno de los problemas más visibles dentro del ámbito laboral. Aunque ambos puedan tener la misma formación y cumplir las mismas funciones, las mujeres suelen recibir un pago menor por su trabajo. Esta diferencia no se debe a las capacidades o al esfuerzo, sino a una estructura social que durante años ha valorado más el trabajo masculino. Esta situación demuestra que todavía existen barreras que impiden una verdadera igualdad de oportunidades en la sociedad (Sánchez Cañar et al., 2021).

Es importante entender que la equidad no significa tratar a todos exactamente igual, sino reconocer las diferencias sin que sean motivos de discriminación. Tanto hombres como mujeres tienen competencias y habilidades que pueden desarrollarse de distintas maneras y áreas, pero eso no justifica que unos reciban más beneficios que otros. Trabajar por la igualdad salarial significa valorar el esfuerzo, el talento y la dedicación de las personas sin tener en cuenta su género. Solo así se puede avanzar hacia una sociedad más justa, donde el salario refleje el mérito y no los prejuicios.

Estrategias para construir entornos equitativos
La igualdad en la escuela no es solo por cambiar cosas grandes es una gran ayuda es un cambio en la forma de pensar, esto debe ver a cada persona con todos sus derechos, la igualdad en la enseñanza no sale solo de cambios en las reglas. Tampoco de cambiar los libros de texto, hace falta un cambio de ética que vea a cada niño como alguien entero tiene derechos, tiene voz,

tiene valor y puede crecer mucho más. Es muy necesario usar un modo de enseñar que se centre en cuidar, es una forma de tratar que valora la ayuda, el apoyo entre todos y un compromiso de afecto entre maestros y alumnos. Siguiendo (Lobo, 2025), que toma ideas de Nel Noddings, la ética de cuidar es clave. Sirve para hacer los lugares de estudio más humanos, allí los lazos y la cuenta compartida son la base de la justicia en la escuela, con base en esto, se pueden hacer formas de trabajo claras, estas son la enseñanza en igualdad, grupos sobre ayuda mutua en casa, reglas de la escuela para la igualdad y cursos para ayudar a los maestros.

Enseñanza en igualdad: Se busca quitar las ideas viejas de hombres y mujeres del estudio, esto debe estar en las charlas y hasta en las ideas de la escuela, enseñar en igualdad es mostrar la variedad, al fomentar que los alumnos sean iguales y celebra las distintas formas de ser y de aprender. Según (Children, 2021, p. 4) “la enseñanza en igualdad en la escuela y en casa forma gente lista, sabe sentir por otros y no tiene ideas raras de este modo de ver, no solo cambia el salón de clase cambia el papel del maestro”(Children, 2021, p. 4). Él es alguien que hace que haya justicia, mostrar las diferencias, sin hacer a unas mejores que otra ayuda a que la escuela sea más abierta a todos, por esto, enseñar en igualdad es un medio ético, sirve para formar ciudadanos que respetan las reglas desde que son muy chicos.

Grupos sobre ayuda mutua en casa: La ayuda mutua no solo cambia lo que se hace en casa, fortalece el lazo entre la escuela y la gente de alrededor, estos grupos invitan a pensar, se trata de cómo se reparten las tareas, por lo que también de cómo se crían juntos los hijos, y de lo importante que es la familia al enseñar valores a los niños. Dice que (Educación, 2024) es “enseñar repartiendo deberes hace ambientes más justos y con más amor” (Educación, 2024, p. 6). Al incluir a las familias en lo que enseña la escuela, el bien de la igualdad crece más allá del aula, esos espacios dejan ver las fallas que hay cada día, ayudan a crear acuerdos éticos para el cuidado en común y así la ayuda mutua familiar

se vuelve una forma de enseñar con gran efecto social.

Reglas escolares que buscan justicia: Para ser justos, necesitamos normas que aseguren que la diferencia se respete, las escuelas deben tener reglas que protejan de ser maltratado, deben usar palabras que incluyan a todos, deben asegurar que todos participen en lo que se hace, y deben tener acceso a lo que se necesita sin hacer distinciones. Estas normas van más allá de papeles y trámites son temas de ética que reconocen a cada persona como alguien importante en la escuela.

Cursos para ayudar a los maestros: Es vital que los maestros sigan aprendiendo de género y de derechos. Esto ayuda a cambiar cómo dan sus clases. Estar alerta significa mirar nuestros propios juicios. Significa escuchar a otros y tomar el compromiso de enseñar buscando justicia social. (Género., E. Á., 2022, p. 10), muestra formas de enseñar desde la ayuda mutua y la igualdad.

La enseñanza para maestros no debe ser algo breve, sino constante y con mucha pausa para pensar. Si se añade la visión de género al trabajo de enseñar, el lazo de educación cambia. Se vuelve una forma de trato con respeto. Estos planes hacen más fuerte el deber del profesional. Esto es para una escuela que ve y acepta toda diferencia.

Los planes dados no solo siguen las reglas fijadas. De verdad, se basan en un sustento moral. Este sustento ve la escuela como algo que puede cambiar cosas. Cuando yo estudiaba, tomé parte en hacer preguntas a familias sobre sus ideas de hombre y mujer. Allí pude ver cómo el hacer cosas cada día muestra formas viejas de no ser justos. La charla que hubo en ese sitio fue una señal clara. Mostró que la igualdad nace del gusto de respetar y del deseo de mejorar.

CONCLUSIONES

Al terminar este ensayo me doy cuenta de que la igualdad entre hombres y mujeres no es un tema de leyes ni de discursos políticos, es una necesidad que se respira, se siente y se construye

todos los días en los lugares donde aprendemos a vivir, en mi punto de vista el hogar y la escuela fueron y siguen siendo esos espacios clave. Allí aprendí, qué significaba “ser niño” o “ser niña”, qué se esperaba de mí y qué se consideraba “normal”.

Cuando releo a (Bourdieu, 2000) y a Mendieta comprendo que el género no nace con nosotros, nos lo van construyendo, y si es una construcción, también puede desmontarse, por eso valoro tanto la educación con perspectiva de género, no es una asignatura más, es la herramienta que nos permite desarmar mandatos que herimos a todas las personas.

En el hogar vi cómo la división del trabajo y del cuidado llegaba sin preguntar: mamá cocinaba y atendía los ánimos, papá tomaba las “grandes decisiones”. (Galarde y de los Ríos, 2005) y de los Ríos lo describen con palabras que me devolvieron la infancia: la socialización diferencial empieza en quién dobla la ropa y quién maneja la plata. Reconocer ese patrón fue el primer paso para no repetirlo.

Después llegó la escuela. Ahí me encontré con juegos separados, filas distintas y frases que parecían inofensivas: “Los varones agarran las sillas, las niñas cuidan el material”. Freire tenía razón: la educación puede reproducir o puede liberar. Decidí quedarme con la segunda opción. Propuse en mi aula talleres de corresponsabilidad: que los niños plancharan el delantal de la casa de muñecas y que las niñas armaran el circuito eléctrico. Las caras de sorpresa duraron poco: cuando el aprendizaje es digno, la curiosidad vence al miedo.

También me tocó revisar mi propio lenguaje. Bejarano me recordó que cada vez que digo “los niños y las niñas” estoy nombrando la vida entera; cuando digo solo “los niños”, estoy borrando a la mitad. Cambiar la palabra fue cambiar el pensamiento, y cambiar el pensamiento fue cambiar la práctica.

El patriarcado, como dice Arribas, no es un monstruo afuera: es una estructura que habita

en los currículos, en los horarios, en los sueldos. Sánchez Cañar y su equipo cuantifican la brecha salarial, pero yo la siento cuando una exalumna me escribe: “Maestro, me dijeron que mi carrera es de hombres”. Es hiriente, pero ahora sé que la respuesta no es conformarse con la ley: es tejer otra cultura, una que valore las capacidades por encima del género.

Por eso la coeducación no se trata de mezclar a los alumnos, se trata de enseñar desde la diversidad real. Con mis estudiantes armamos un mural titulado “Cuidar es de todos”. Mientras pegaban dibujos de papás planchando y mamás programando, una niña me dijo: “Profe, así se ve más bonito el mundo”. (Children, 2021) tiene razón: coeducar es desarmar prejuicios con tijeras y pintura.

También abrimos espacios familiares. En los talleres de corresponsabilidad vinieron abuelas que nunca habían tocado un taladro y abuelos que aprendieron a hacerse la olla. El cuidado dejó de ser “ayudar” para convertirse en “compartir”. (Lobo, 2025) resume bien la experiencia: cuando el aula y la casa se hablan, la empatía deja de ser una palabra y se vuelve rutina.

Formarme en género y derechos humanos me mostró que la transformación no es un evento, es un proceso que se sostiene con formación continua, con escucha honesta y con la humildad de revisarse cada mañana. (González et al., 2021) y su equipo insisten en lo mismo: el cambio significativo llega cuando la equidad deja de ser un proyecto y se vuelve principio pedagógico.

A veces me pregunto si todo esto alcanzará. La respuesta llega en pequeños mensajes: el alumno que regala flores sin que le importe el color, la alumna que diseña un puente y firma “para que nadie se caiga”. Nel Noddings tenía razón: educar desde el cuidado es reconocer al otro como alguien valioso, construir relaciones horizontales y hacer de la solidaridad el aire que respiramos.

Cierro el ensayo convencido de que la igualdad no es una meta lejana: es la suma de decisiones diarias que requiere familias que se atreven

a repartir tareas, escuelas que sean espacios seguros y un Estado que acompañe con políticas sostenidas. Pero sobre todo necesita personas dispuestas a transformarse para transformar, así como decía Freire, la educación me cambió para que yo pueda cambiar el mundo; cada clase, cada conversación, cada gesto de equidad es un paso hacia una humanidad más completa, y ese camino, aunque lento, ya está en marcha.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arribas, B. G. (2024). Patriarcado, género y violencia: Hacia una nueva masculinidad en bell hooks. *Revista de Filosofía Aurora*, 36, e202431213. <https://doi.org/10.1590/2965-1557.036.e202431213>
- Bourdieu. (2000). Título de la edición original: *La domination masculine* © Éditions du Seuil París, 1998. <https://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/wp-content/uploads/2015/09/Bondiu-Pierre-la-dominacion-masculina.pdf>
- Butler, J. (1990). *El Género en Disputa y la Subversión de la Identidad*. https://www.stunam.org.mx/17accion/cideg/bibliotecadig/08el_genero_en_disputa.pdf
- Children. (2021). *Coeducar en Familia*. https://www.savethechildren.es/sites/default/files/2021-10/Guia_Coeducar_en_familia_STC.pdf
- Educación, M. d. (2024). *Cartilla familias corresponsables*. Dirección Nacional de Educación para la Democracia y el Buen Vivir.
- Freire, P. (1970). *PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO*. <https://www.servicioskoinonia.org/biblioteca/general/FreirePedagogiadelOprimido.pdf>
- Galarde y de los Ríos, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. <https://desarmandolacultura.wordpress.com/wp-content/uploads/2018/04/lagarde-marcela-los-cautiverios-de-las-mujeres-scan.pdf>
- Género., E. Á. (2022). *Guía educar en la corresponsabilidad*. <https://www.equipoagoragenero.com/wp-content/uploads/2022/07/Guia-Educar-en-la-corresponsabilidad.pdf>
- González, N. C., Perdomo, R. S., Valdés, I. B. A., & Espina, I. L. (2021). El uso del lenguaje sexista: Una mirada desde la docencia: The use of sexist language: A look from the teaching. *Revista Iberoamericana de Investigación en Educación*, 2(2), 56-66.
- Lobo, A. (2025, septiembre 23). *La Ética del Cuidado de Nel Noddings: Fundamentos para una Pedagogía Relacional*. <https://actosenlaescuela.com/etica-del-cuidado-de-nel-noddings/>
- Mendieta Toledo, L. (2020). *EQUIDAD DE GÉNERO EN LA ESCUELA Y EL HOGAR* – Editorial Crisalidas. <https://editorialcrisalidas.com/2023/03/17/equidad-de-genero-en-la-escuela-y-el-hogar/>
- Ministerio de educación. (2020). *Educación presentó una guía para fomentar la inclusión de hombres y mujeres en la gestión escolar* – Ministerio de Educación, Deporte y Cultura. <https://educacion.gob.ec/educacion-presento-una-guia-para-fomentar-la-inclusion-de-hombres-y-mujeres-en-la-gestion-escolar/>
- Sánchez Cañar, P., Uriguen Aguirre, P., Vega Jaramillo, F., Sánchez Cañar, P., Uriguen Aguirre, P., & Vega Jaramillo, F. (2021). Discriminación y desigualdad salarial. Exploración de brechas por género en Ecuador. *Revista Científica y Tecnológica UPSE (RCTU)*, 8(1), 48-55. <https://doi.org/10.26423/rctu.v8i1.544>